

Música

Una estrella cercana

POR Javier Escorzo

CONCIERTO DE LAURA PAUSINI

Fecha: 07/12/2024. Lugar: Navarra Arena. Incidencias: Lleno, entradas agotadas. Público sentado en sillas, también en pista. Más de 7.000 personas. Banda: Paolo Carta, Thomas Festa, Roberto Gallinelli, Ernesto López, Gareth Brown, Fabio Coppini. Coros: Roberta Graná, Bruno Corazza, Giorgia Galassi. Bailarines: Ilaria Cavola, Luigi Turetti, Francesca Tanas, Kristijan Besirovic.

Primer concierto de Laura Pausini en Pamplona. Nos estamos acostumbrando a los eventos de primer nivel internacional y el de la artista italiana fue uno de los más espectaculares que han pasado por el Navarra Arena: escenario

enorme, derroche de luces y sonido, pantallas gigantescas, escaleras, plataformas que elevaban a la artista varios metros sobre el suelo, bailarines, coristas, nutrida y excelente banda... Un despliegue de medios arrollador al servicio de una creadora que derrocha personalidad. Dice que soñaba con ser arquitecta, pero el destino tenía otros planes para ella: en 1993 ganó el Festival de San Remo y alcanzó un éxito mundial que lleva treinta años creciendo sin parar. Las tres horas del concierto de Pamplona, que se hicieron cortas, fueron un repaso por esa trayectoria plagada de triunfos, con parada especial en su último trabajo, Almas paralelas. Ayudó al buen desarrollo de la actuación la actitud fervorosa del público, especialmente el de las primeras filas, que estuvieron reservadas para los miembros de su club de fans; también tuvieron la posibilidad de acceder a la prueba de sonido, donde, según dicen, la artista se mostró simpática y cercana. En el concierto, la italiana fue un verdadero ciclón, un animal de escenario que se movía con fuerza en los tiempos rápidos (Todas las veces, Emergencia de amor), y recurría al tono confesional en las baladas (Así celeste o Nuestro amor de cada día,

interpretadas por ella misma al piano). Alternó tramos más animados y rockeros (Como si no nos hubiéramos amado) con otros bailables y semi electrónicos (Surrender). Por supuesto, no eludió sus grandes himnos (Entre tú y mil mares, Se fue, Inolvidable, La soledad...). Subió a algunas fans a bailar junto a ella, lanzó alegatos por la paz, por la ecología y contra la violencia machista; presentó a sus padres, que saludaron al público desde el escenario; bailó, lució chorro de voz, se rio, tocó la guitarra y el piano, se cambió de ropa varias veces, habló en español, chapurreó varias palabras en euskera... Se metió al público en el bolsillo y ofreció, en definitiva, un gran espectáculo, basado en un cancionero bien hilvanado, en unos envidiables medios técnicos y, sobre todo, en el carisma que atesora. Y esto nos lleva a la polémica que precedió al concierto: la decisión de no dejar acceder al recinto a fotógrafos de prensa, siendo la oficina de la artista la encargada de enviar fotos del evento a los medios de comunicación. No es el único caso: Bob Dylan no permite fotos desde hace décadas (luego no difunde imágenes); otros, como Alejandro Sanz, Sting o Metallica, colocan a los fotó-

grafos en los puntos más alejados del escenario. Bryan Adams, que visitará el Arena en junio de 2025, exige por contrato revisar (y aprobar) las fotos que los medios publicarán. Cada artista maneja su imagen como mejor entiende, eso es obvio. Sin embargo, en el caso de Laura Pausini, parece un error de bulto esa actitud tan restrictiva. Su repertorio rebosa calidad, pero estoy convencido de que sus canciones no hubiesen llegado tan lejos en boca de otro artista. Lo que verdaderamente engancha es ella, su capacidad de conectar a base de simpatía y espontaneidad. Prohibir las fotos de la prensa lanza un mensaje en dirección contraria, como si todo, en realidad, estuviese mucho más estudiado y procesado de lo que parece; como si esa naturalidad que transmite fuese una mera pose. Y no creo que sea el caso. La rueda de la industria musical lleva décadas girando gracias a la confluencia de múltiples actores: en el centro están los artistas, pero estos no serían nada sin la ayuda de músicos, productores, arreglistas, sellos discográficos, managers, promotores, radios, televisiones, prensa escrita... Y fotógrafos, por supuesto. Dejemos que cada uno siga haciendo su trabajo. ●

Ignacio Lloret propone en su nueva novela un sugerente viaje en tren

El escritor presentará 'Llegaremos a la vez' (Ediciones Eunate) hoy, a las 19.00h, en El Corte Inglés

✦ Ana Oliveira Lizarribar
✦ Iñaki Porto

PAMPLONA — El escritor Ignacio Lloret presentará su nueva novela hoy, a las 19.00 horas, en el Ámbito Cultural de El Corte Inglés. En *Llegaremos a la vez* (Ediciones Eunate), el autor monta a los lectores en un tren para asistir a la gestación de “una historia de amor diferente” entre Nuria y Razquin. La atracción entre un hombre y una mujer o las vicisitudes del mundo laboral son algunos temas que aborda en un texto en el que vuelve a experimentar con la estructura y la forma. Desde un vagón de tren, el mundo se ve de otra manera. Todo sucede a otro ritmo. Y, a veces, en ese espacio reducido se viven romances platónicos de miradas cruzadas, se escuchan historias personales que sería mejor no conocer, nacen amistades y, quizá, se fraguan atracciones que pueden ir a más. Algo así le pasa a Nuria, “una profesional valorada en su empresa”, que se desplaza todas las semanas en tren desde la ciudad en la que vive a la ciudad en la que trabaja. Un tipo de traslado que realizan todos los días millones de personas y que los angloparlantes resumen en una sola palabra: *commuting*. “No me he inspirado en nadie en particular, se trata de alguien con el que pueden identificarse muchas personas”,

comenta Ignacio Lloret, que en 2023 recibió el Premio de Novela Corta Ramiro Pinilla por este texto.

En tiempos en los que parece que los libros se venden a peso, este volumen es breve. Apenas 133 páginas. “Estoy convencido de que los componentes formales, los relacionados con el ritmo, la musicalidad y la belleza del lenguaje, y que son los que más me interesan en literatura, solo provocan un efecto en el lector cuando el libro es breve”, defiende el escritor, al que la historia se le ocurrió, precisamente, durante un viaje en tren. “Observé el modo tan competente, serio y disciplinado con que el revisor realizaba su trabajo”. Y, a partir de ahí, inventó la historia. Sin embargo, “yo ya sabía que no bastaba con situar la historia de manera superficial”, sino que “debía generar en el lector la sensación de ir en tren”.

Otro de los orígenes de la novela fue “mi curiosidad por saber qué atrae a las mujeres de los hombres, y, en concreto, qué atrae a Nuria del revisor Razquin”. Para descifrar la incógnita, Lloret decidió ponerse en el lugar de Nuria. La idea era “adoptar su perspectiva”, por eso se planteó “hacerlo usando la primera persona del singular”, pero “enseguida me di cuenta de que esa voz no era creíble”. Así que, finalmente, optó por la tercera persona de un narrador omnisciente, lo que



Ignacio Lloret, en una imagen de archivo. Foto: Iñaki Porto

también le permitía “alejarse a Razquin del lector”, dejándolo en “una especie de enigma”. Lo que sabemos de él es que es un hombre maduro, entregado a su trabajo, “pero despojado de ambición profesional” y al que la compañía de ferrocarriles va degradando, “asignándole servicios cada vez menos relevantes”. Entre este personaje y el

de Nuria se irá tejiendo una historia de amor “diferente”, “sin sentimentalismos”. “Es una relación afectiva que prospera a base de atenciones, de detalles, de cortesías”, apunta Lloret, seguro de que en este libro ha “conseguido” un “equilibrio acertado entre lo argumental y lo formal, entre lo narrativo y lo contemplativo”.

MICROCAPÍTULOS Una cuarta parte de los capítulos de *Llegaremos a la vez* “son de carácter puramente formal”. Se trata de “breves descripciones del paisaje o de cosas que ve Nuria por la ventanilla”. Con ellas, el autor intenta “crear ritmo, musicalidad, belleza, contención de la acción”, y también “esa sensación de movimiento del tren”. Asimismo, con la estructura de microcapítulos, un total de 158, genera “elipsis constantes, saltos continuos en el tiempo que convienen al avance de la trama”, e “introducir una buena cantidad de pasajes poéticos”.



Aunque opina que una novela “nunca debe partir de temas”, sí que introduce asuntos de fondo como la ambición profesional, la hostilidad del mundo laboral o los peajes de la vida familiar, pero “quedan entre líneas”. Pero le basta con sugerirlas Entrando en el terreno de la ambición literaria, la del escritor consiste en “escribir y publicar libros que reflejen mis inquietudes estéticas de la forma más certera posible”. Inquietudes que considera “inherentes a la condición de escritor”. Y está “muy orgulloso” del título que le ha dado a esta novela “porque encaja muy bien con el argumento, con el desarrollo y con el desenlace de la historia”, y porque, al mismo tiempo, “tiene un sonido muy bello”. ●